



DANAE BORONAT

NO LAS LLAMES CHICAS, LLÁMALAS FUTBOLISTAS

**DEL MALTRATO AL RECONOCIMIENTO:
LA LUCHA POR LA IGUALDAD EN EL FÚTBOL**

LIBROS CÚPULA

ÍNDICE

Introducción	7
1. La fuerza de las mujeres	9
2. El camino hasta hoy	23
3. Jugar en la selección... ¿Un sueño?	45
4. Los motores del cambio	75
5. Hacia la profesionalización	97
6. La afición	129
7. La llegada del Real Madrid. ¿El inicio de una nueva era?	163
Índice onomástico	175

INTRODUCCIÓN

El fútbol femenino vive una época de expansión en España. Tras la eclosión experimentada en los últimos dos años gracias a los éxitos de clubes como el F. C. Barcelona y el Atlético de Madrid, y de la selección, se esperaba alcanzar un periodo de plenitud que todavía no se vislumbra, ni mucho menos. La generación de jugadoras que encabezan Jennifer Hermoso, Alexia Putellas o Irene Paredes ya son las referentes de muchas niñas que no quieren solo jugar al fútbol, sino que desean vivir de él. Asistimos a unos avances relevantes en cuanto a los derechos de las futbolistas gracias al primer convenio colectivo —después de una huelga sin precedentes— y al compromiso del Gobierno de profesionalizar la liga de 1.^a División. Presenciamos el empoderamiento de unas mujeres que, como colectivo, estaban oprimidas, y a la visibilización de sus hazañas por parte de los medios de comunicación.

Incluso vemos cómo un club como el Real Madrid se ha decidido, al fin, a crear su formación femenina. Algunos países ya han superado el debate de la igualdad salarial, pero aquí ese extremo ni siquiera se plantea. ¿Por qué el deporte rey en España vive una realidad tan distinta cuando lo practica un hombre y cuando lo hace una mujer? ¿Qué trabas han tenido que superar las jugadoras? Este libro intenta explicar qué significa ser mujer y futbolista en España en 2020 y cuál es el camino recorrido hasta llegar aquí; cómo hemos pasado del maltrato al fútbol practicado por

mujeres, hasta hace menos de un lustro, a la dignificación del oficio; de la discriminación continua por parte de los responsables deportivos y políticos al inicio de la profesionalización. ¿Están dispuestos los hombres a dar el espaldarazo definitivo al fútbol femenino? ¿Las futbolistas españolas pueden ser referentes a nivel mundial?

1. LA FUERZA DE LAS MUJERES

24 de junio de 2019. Estadio Auguste-Delaune II, Reims (Francia). Lucía García roba un balón en la frontal que llega a Jennifer Hermoso, lo controla con la zurda, levanta la cabeza, se lo acomoda en la diestra y lo coloca en la escuadra de la portería de Estados Unidos dibujando una parábola infinita. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Mi mente vuelve a los veranos en los que, con las amigas del pueblo, nos divertíamos jugando a futbito, vestidas con camisetas de hombre para parecernos a los *cracks* de la época: Ronaldo, Luis Enrique, Julen Guerrero, Kiko o Raúl. Como éramos muchas, nos enfrentábamos entre nosotras y también contra equipos de los pueblos cercanos. Nuria «la Peque», Teresa y yo éramos las pequeñas. Las mayores tenían tres años más que nosotras. Jugábamos en un campo de dimensiones parecidas al de balonmano, con portería pequeña. Incluso teníamos entrenadora, Esther, que se preocupaba de colocarnos mínimamente en el cemento, aunque no le hiciéramos demasiado caso. A veces, los chicos venían a vernos. Qué nervios cuando el que me gustaba estaba en la banda y me animaba... ¡Eso sí que era presión! Entre ellos también estaba mi hermano, Bernard, tres años mayor que yo, con el que nos pasamos toda la niñez flipando con lo que hacían en la tele los «magos del balón»: Oliver y Benji. Practicarlo no fue su gran pasión, pero ahora parece hacer magia con los futbolistas como profesional de la fisioterapia y la recuperación.

Lo más parecido a Oliver Atom que habíamos visto en persona era nuestro primo Dani: rapidísimo y muy técnico. Le daba igual que el campo fuera de tierra o jugar sobre la arena de la playa; hacía auténticas diabluras con el balón y le llevaron a formar parte de la selección española de fútbol playa, junto al gran Ramiro Amarelle.

El verano en el pueblo se convertía en días de fútbol. Durante la fiesta mayor de Salomó nunca faltaba el partido de rigor: jugaban ellos y también nosotras. Formábamos un grupo de niñas que habíamos aprendido a nadar y a patinar juntas, y a las que nos parecía que quedar con el fin de «entrenar» era la excusa perfecta para sudar un rato y, después, juntarnos a tomar un refresco, comer chucherías y helados, y jugar al Risk o al Hotel. A mi madre no le hacía gracia eso de que le diera patadas a un balón. «Te vas a hacer daño», me repetía. La gimnasia rítmica le pareció más adecuada, probablemente, porque nunca me vio talento con el esférico en los pies o, simplemente, porque en la España de la década de 1990 las niñas no jugaban al fútbol.

Ella, que se había enamorado del «Tarzán Migueli» de la provincia, mi padre, un defensa central melencudo y expeditivo que tenía buen pie para lanzar las faltas y que no hacía amigos en los campos de tierra y piedras de los pueblos de Tarragona. Mi madre podía llegar a ver tres partidos cada fin de semana «porque no había otra», porque jugaba él, y los que seguía por televisión; así se convirtió en una aficionada más. Schuster, quizá por ese pelazo rubio platino, fue en uno de los primeros en los que se fijó. A menudo oía hablar a su padre de los Iribar, Txetxu Rojo y compañía porque, pese a ser de Marmolejo (Jaén) y no haber pisado Bilbao en su vida, era seguidor del Athletic «por su política».

La de mi padre fue una carrera humilde, pero larga. Jugó hasta los cuarenta con los veteranos, y su mayor hito fue compartir equipo con el Lobo Carrasco y con Ramón Calderé cuando estos empezaban en el Torredembarra y en El Vendrell. De niño, vivió agarrado a la falda de su tía Rosita, ya que sus padres tenían que trabajar. Allá por la década de 1950, Rosita empezó a festejar con



Ainhoa Tirapu.



Aitana Bonmatí.